

EL LÁPIZ DE TINTA O LA MEMORIA INDELEBLE COMO IMAGINACIÓN CREADORA

MANUEL MARTÍNEZ ARNALDOS
Universidad de Murcia

*No escribir a lápiz*¹ es, al margen de otras consideraciones, en su más profunda condición vital y textual, un acto de valentía.

*es una manera de hacer
que quede todo lo que ha de quedar* (pág. 59)

Un modo de enfrentarse al mundo y a su devenir, o, en todo caso, y acogiéndonos a Kierkegaard, de ser en él (modo-de-ser-ahí), de Existencia (Dasein). De escuchar y ser oído en las palabras más decisivas, sin someterse al veredicto de los demás. Ajeno a la opinión de los indulgentes y, sobre todo, de los malévolos que largo tiempo han esperado, con inaudito encono, la ocasión propicia para el denuesto. Por ello, es la de Tomás Albaladejo una poesía atemperada, en la que lo transitorio, lo accidental, es como una ligera tachadura, que trasciende en subrayado, que nos ilumina, de manera sutil, sin aspaviento, su equilibrio interior y auténtica naturaleza humana.

*La vida nunca es deletable,
permanece toda ella,
la vida es palimpsesto
y, aunque tras borrar se escriba encima,
contiene, con dificultad legibles,
los caminos que llevan al hoy.* (pág. 56)

La intuición del autor se sobrepone al rigor científico. La palabra es vivida y degustada en su intensidad y plasticidad. Atrás queda la posición del lector- intér-

¹ Tomás Albaladejo Mayordomo, *No escribir a lápiz*, Murcia, Editora Regional, 2006.

prete en el análisis riguroso de la palabra foránea que es percibida como expresión lingüística formalizada y como una representación intensional a la que se asigna una representación semántico-extensional para indagar informaciones y valores contenidos en el texto; tal sería el caso, por ejemplo, de la formulación crítica desarrollada a propósito del poema *Beato Sillón*, de Jorge Guillén. Ahora, como decimos, es el instinto el que se alza sobre la comprensión: “un presente fuera del tiempo / que acrecienta la cenestesia” (pág. 16), y también la sinestesia más allá del estricto y profundo concepto. De ahí, que como opina José Antonio Hernández Guerrero, la habilidad de Tomás “estriba –como ocurre en las pruebas de resonancias magnéticas- en colocar esos episodios anecdóticos en el centro de un campo magnético muy intenso y de una frecuencia específica, para captar las imágenes que visualizan las sustancias más profundas de nuestros tejidos vitales”².

Y efectivamente, existe en el acontecer poético de Tomás Albaladejo un singular campo imantado que le lleva a volver sobre sí mismo y a “todos los caminos que ha(s) transitado” (pág. 59), mediante una articulación dinámica y proteica, melódica y sensible, que pone al descubierto un temple de ánimo, cual acero galvanizado o reactivación de entusiasmos. Un brujular por situaciones, circunstancias y sensaciones íntimas, final y adecuadamente organizadas en la armonía de dos campos magnéticos que orientan su poemario: *espacio y tiempo, vida y escritura*.

Dos ámbitos en los que se distribuyen y conjugan los poemas del libro mediante un equilibrio numérico de 21 y 21. Fiel exponente de un pensamiento kantiano en cuanto a entendimiento y sensibilidad. Dos ambientes, en los que asumiendo la propuesta de R. Barthes marcan el tránsito de un *haber-estado-allí*, propio de la fotografía, al de un *estar- allí*, más en consonancia con lo fílmico, con una actitud ficcionalizante que responde a:

[...] *la ausencia del celuloide revelado
avivará la memoria tras la partida,
un mundo nuevo que a sí mismo
en un mundo viejo se reconoce* (pág. 22)

De tal manera, por ejemplo, que poemas como *Añoranza del mar y Mare deum*, con los que se abre la segunda parte del libro, *Vida, escritura*, son las huellas presentes de un pasado concluido. O, en todo caso, una actualización que, a impulsos de la ficción y de la escritura, adquiere un nuevo sentido. Es decir, la distancia entre

² Cf. José Antonio Hernández Guerrero, “Resonancias vitales”, *La Voz de Cádiz* (21/11/2006).

³ Véase Roland Barthes, “Retórica de la imagen”, en R. Barthes *et al.*, *La Semiología*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1976, pp. 127-140, en especial: pp. 135-136.

un mundo vivido, real, y la construcción de ese otro mundo que solo existe en el celuloide de la mente y que habrá de ser traducido por la escritura.

Por ello, los poemas de la primera parte son como una realidad proflmíca: *Claustro de la Merced, Desde Urbino, El páramo castellano, El tren de Cesena llega a Bolonia con retraso, Del Zócalo a Chapultelpec, Nottingham*, etc. Captación de fragmentos, fotografías de una realidad más amplia. Retención visual y anímica de un instante, de un preciso espacio-temporal intervenido por sucesivos y diferentes encuadres del discurso. Lo que deriva en un concreto trabajo de temporalidad (cortar, saltar de un espacio a otro y, en ocasiones, aproximar) que introduce una percepción lógica distinta a la del discurrir del tiempo referencial:

*En región transparente,
pirámide, bosque, Deefe
forman síntesis de tiempos que
coinciden en espacio compartido.
Tiempo que se detuvo y
tiempo que rápido avanza. (pág. 32)*

*Schiphol, Barajas, Arlanda,
Jotaefeka, Ezeiza, Heathrow.
Cientos, miles de soledades
que juntas se multiplican y
que no se llenan consigo mismas. (pág. 34)*

Alternancia de planos que posibilita un suspense realista (que no real), un universo diegético, que invita al lector a degustar la esencialidad del momento y a indagar en la intimidad espiritual y estética que el discurso del poeta encubre, disfraza y, a la vez, refleja:

*Recitan un poema,
y el poeta sigue estando,
interpretado, intuido,
en el espacio todo,
espacio adivinado.(pág. 25)*

En tanto que en los poemas de la segunda parte aflora de manera más decidida la subjetividad, la introspección y la mirada sugerente del poeta. Si en los poemas de la primera parte, Tomás Albaladejo, amigablemente, nos había hecho copartícipes de

una visión más externa de las cosas, y habíamos saboreado juntos las “fotografías”, el “haber-estado-allí”, una serie de trances, más o menos tangibles, anclados en el espacio y en el tiempo; ahora, su mirada es sólo un *indicio*, una llamada de atención, una sugerencia que nos permite establecer un vínculo entre aquella realidad y esta más recóndita percepción. Las imágenes del claustro de la Merced, las surgidas tras la visita al Palazzo Ducale, de Urbino, y las de la estación de Bologna Centrale o las de Braga, se difuminan o deforman por el efecto de un picado, de la distancia focal que adopta la mente-cámara, de la escritura en definitiva, que nos remite a la personalidad más íntima del autor, a la percepción de un nuevo sentido de lo que ya habíamos visto. Adquiriendo la palabra y su poder decidor total plenitud, tanto o más que la del valor transmitido por la imagen. De tal manera que el tiempo y el espacio son proyectados fuera de su entorno, y quedan errantes para que sea el yo del poeta quien los guíe y los muestre en una renovada transcendentalidad y acontecer vital. A veces mediante una articulación de correspondencias regida por el influjo del mar. Así, aquel mar de la “infancia” que la “sierra separa” u oculta tendrá luego su correlato en:

*añoré el mar, pero no cualquier mar,
añoré el Mediterráneo, mar del recuerdo* (pág. 39)

*Es mi mar
porque estuvo en mi infancia
al alcance de mi mano,* (pág. 40)

En pie miro hacia el mar. (pág. 48)

*O bien, por medio de un delectable ensimismamiento:
Retener quiero
los ojos de inteligente mirada* (pág. 44)

*La veo beber la fresca agua
con el cabello recogido* (pág. 43)

Dos órdenes, espacio - tiempo y vida - escritura, fotografía y filme, que se armonizan en ocasiones como un extenso quiasmo. Primero la animada seducción del lugar, del momento, ensamblados por una visión tendente a lo objetivo; después las profundas vibraciones, la reflexión y concienciación de ese acontecer objetivo. Un tránsito en el que subyace, como decíamos, una atrevida decisión: *Cruzar el Rubicón*. Para así, entregándose a los efectos lúdico y sedante de la poesía, poder tender nuevos puentes o bien nadar más libremente en las aguas del, a veces, encrespado mar. Un ejercicio de introspección, búsqueda y liberación:

*Y quiero surcar el mar, poesía
que es el propio viaje
hacia lo entrevisto, hacia lo no conocido.
Aunque no cuaje el poema, me vale
haber navegado, ganado la experiencia
del viaje, de escribir como búsqueda, (pág. 48)*

Y los que le acompañan en su viaje, en su poesía, podrán comprobar un tono de cercanía, de afable conversación, y la contagiosa intensidad de su grandeza humana. Un afán de compartir que le lleva al manejo de una adecuación formal y estilística plena de sencillez, de autenticidad y de fuerza comunicativa. Hasta el punto de que su labor poética es toda una práctica de sutileza jesuítica merecedora de admiración, en cuanto a saber desprenderse de la abstracción conceptual, de los excesos de la ambigüedad semántica, y del constante compromiso con el rigor intelectual y el deber científico. Es, por tanto, la de Tomás Albaladejo una poesía, como su espíritu, de entrega desprendida, por lo que a todos nos llega. Verdad y elegancia expresiva, compromiso y sutil divertimento, se funden para hacernos partícipes de su vida, pero que es también la de todos nosotros. Poetizada magnitud humana que “anuncia tierra, implica mar”. De ahí que nuestras muy breves consideraciones han sido trazos que se pueden borrar, pues tienen la única intención de dejar constancia de los caminos poéticos que hasta ahora ha transitado Tomás, presagio de otras tierras y otros mares.

CODA

En mis ya muy lejanos años de la infancia existían unos lápices, cuya mina de grafito azulado ensalivábamos los niños con la punta de la lengua, que lógicamente se teñía de azul, de escritura indeleble a semejanza de la tinta. Y por una curiosa e inexplicable creencia, pensábamos los niños que con esa práctica se aumentaba la capacidad de la memoria. Ahora, con la lectura de los poemas de Tomás Albaladejo,

quien no sé si llegó a tener esa experiencia, he vuelto a evocar aquéllos lápices de tinta para constatar que más allá de la tinta está la memoria indeleble y prodigiosa que es el fundamento de la imaginación creadora.